



Buenos Aires, noviembre de 2018

## Circular N° 587

*Para las almas radicadas en lugares distantes y allí donde no funcionan comunidades.*

Amados hermanos y hermanas:

*Compartimos parte del contenido de un Servicio Divino oficiado por el Apóstol Jorge Franco.*

\*\*\*

***“Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.”***

***(Mateo 28: 18)***

En primer lugar, deseo que la palabra produzca la paz necesaria para que, como hijos de Dios, podamos ver y comprender todo lo que nuestro Padre del cielo y todo lo que Jesús, como el Cristo, pudo realizar y está realizando. Que hoy, a través del Espíritu Santo, esto se pueda revelar a cada uno de sus hijos. Para esto necesitamos la fe que hace que se vean las cosas que no se ven con nuestros ojos materiales pero que se perciben con nuestro corazón.

Este es un Servicio Divino en recordación y ayuda de las almas del más allá, que han partido y se han adelantado en el camino, entre los cuales están tantos de nuestros amados y de nuestra familia. Puede ser desde hace muchos años o desde hace pocos días. Es algo que se da permanentemente; así como nacen niños todos los días, todos los días también parte algún ser. Sabemos que no hay una edad establecida; hay puntos de partida y de llegada. Como seres humanos es un punto crítico. Pero como hijos de Dios, nuestro margen se ha ampliado espiritualmente. Esto no evita el recuerdo, no evita el dolor, la tristeza, porque es lo más natural y es bueno que lo sintamos así. Humanamente no lo podemos impedir. Pero espiritualmente tomamos de lo que viene de Dios. Sabemos de ese hogar que nos espera, donde nos reencontraremos y donde habrá paz. Y no se trata de un deseo de bienestar porque no nos queda otra cosa: es una realidad que hemos abordado por la gracia de Dios.

Este texto que envía el Apóstol Mayor es muy contundente. Son las últimas palabras de Jesús con sus discípulos. Voy a leer también lo que sigue, porque es una revelación, entre tantas que Jesús pudo realizar y era necesario que Él pudiese colocar los cimientos firmes en aquellos en quienes iba a quedar su Obra y seguir adelante.

Aquí Jesús ya era el Resucitado. Por eso dice:

*“Y Jesús se acercó...”*

(a los discípulos que iban llegando)

*...y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.”*

Él recibió esa potestad de su Padre luego de su sacrificio. Y esa potestad se refiere a todo lo que sucede en el mundo de lo visible y en el mundo invisible; aquí sobre la tierra y en el más allá. Jesús tiene potestad de todas las cosas. Pero lo hermoso y maravilloso es reconocer y saber que esa potestad dada a Jesús, parte de su sacrificio y de su resurrección. Y todo ello Él lo dedica especial y únicamente a la salvación. El envío de Jesús estaba dispuesto para eso. Para que el ser humano, en esa redención, pudiese tener un camino de retorno a Dios. Y que las cosas originales, creadas por Dios, se pudiesen volver a vivir. No por supuesto en esta tierra, donde tenemos muchas limitantes. Lo podemos vivir a veces en instantes, momentos y estados que uno puede pasar a través de la fe y el reconocimiento, en cada



Servicio Divino, en cada oración, en cada Sacramento. Momentos en los que uno se da cuenta de la maravillosa gracia que nos ha tocado. Pero no es permanente. Somos humanos. Tenemos nuestras falencias, errores y pecados. No obstante, un día no será más así. La redención lleva a que todo se restablezca en ese reino eterno, en comunión eterna con Dios. Tampoco con este cuerpo corruptible, que envejece, sino con un cuerpo de transfiguración, un cuerpo celestial. Así lo ha dispuesto Jesús.

Luego de esta palabra donde Él se presenta, con esa potestad, dice:

*“Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones...”*

Más que una referencia geográfica, se refiere con ello a todos los seres. Hemos aprendido que nuestros ruegos por las almas que están en el más allá son válidas, son invitaciones que llegan para que otros puedan movilizarse, conmoverse, cambiar su estado. Porque el alma que llega allí lo hace con el mismo estado espiritual que tenía sobre la tierra. Pero puede cambiar, como podemos cambiar nosotros aquí, día a día. Entonces la gracia se amplía de esa manera. Por eso decía Jesús:

*“Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”.*

Esa santa Trinidad que Jesús nuevamente expresa y ese valor del Bautismo, la gracia que nos libera del pecado original. A partir de allí, por la promesa recibida en el Bautismo, podemos obtener esa redención.

Sigue diciendo:

*“...enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”*

Es una hermosa promesa. ¿Es esta una palabra antigua? ¿Está fuera de moda? No, es más actual que nunca. Porque el día del Señor está más cerca que nunca.

Hoy nos toca vivir un momento muy especial. En ese deseo de redención de Jesús, en el Bautismo, muchos logran la libertad, ya sea sobre la tierra o en el más allá. Porque también ellos reciben los Sacramentos, a través del ministerio de Apóstol, si reconocen a Jesús.

No obstante, tanto ellos como nosotros podemos volver a la esclavitud, porque si bien el Bautismo nos libera del pecado original, no nos quita la inclinación al pecado.

La comunidad de Cristo entonces está compuesta por lo visible y por lo invisible. Y se trata de no volver a la esclavitud del pecado; por ello somos perdonados. También ellos son perdonados. En nuestra humanidad, volvemos al pecado cuando no obramos la voluntad de Dios. Como decía el Apóstol Pablo, nuestra lucha no es “contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (Efesios 6:12). A veces son pensamientos que nos llevan de un lado a otro. Pero Jesús invita a todos a cambiar. Hace que se generen los medios para acercarse a Él, porque Él tiene la potestad dada por Dios.

En ese acercamiento están los caminos dispuestos: los Sacramentos. De esa manera nosotros y las almas en el más allá nos acercamos a Dios. Ellos participan de la Santa Cena todos los domingos. Porque en la preparación espiritual, necesitan también la palabra y la comunión con Cristo aquellos que comprendieron y forman la comunidad del Señor.

Jesús, como la cabeza de su Iglesia, una y otra vez genera los medios para que nos podamos unir espiritualmente.



La comunidad del Señor visible y la invisible se debe unir espiritualmente y esto se logra cuando crecemos en Cristo. Como ese hermoso texto de Efesios que dice: “hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Efesios 4:13). Que podamos ir creciendo y elevándonos espiritualmente en nuestra vida de fe, para que las cosas que no sirven las podamos sacar y nos podamos quedar con aquellas que verdaderamente nos hacen bien. Entonces orientemos toda nuestra vida, nuestro ser, nuestros pensamientos, nuestras reflexiones hacia esa gran magnitud del amor de Dios que ha sido derramado en nuestro corazón.

Por eso en este Servicio Divino no tan solo pensamos en las almas que hoy no están con nosotros, sino en nosotros como hijos de Dios, porque en ambas situaciones tenemos que prepararnos para el día del Señor. Ese será el punto de encuentro. Será el maravilloso punto preparado por Dios, donde los muertos en Cristo resucitarán primero (comparar con 1 Tesalonicenses 4:16) y quienes aún estemos o estén sobre la tierra recibirán un cuerpo de transfiguración.

Esto tiene una profundidad tal que a veces no podemos avanzar con nuestra mente. Pero pensemos al menos que por su gracia hemos llegado a estar involucrados, somos sus hijos. Y esto dista tanto de la realidad humana que hoy se vive. Hay muchas cosas que aparecen y nos sorprenden, y algunas atentan contra nuestra fe. Pero es el mundo en el que tenemos que crecer, bajo esas circunstancias. También tenemos que crecer en nuestra fe perdiendo un ser querido, con un dolor fuerte en el interior. Pero sigamos creciendo. La muerte ingresó a la vida del ser humano a través del pecado. Son las condiciones de vida; pero nada tiene que impedir que nuestra fe se desarrolle hacia el día del Señor.

Hoy, en esa potestad dada a Jesús, sigue vigente el ministerio de gracia y apostolado, que no cumple un rol de milagro material o pasajero, de solucionar problemas cotidianos. Si Dios los quiere abordar lo hará, a veces lo hace sin que nos enteremos; a veces permite esos milagros. Pero la misión fundamental del ministerio de Apóstol es mantener el Evangelio de Cristo puro y santo. Y preparar a la novia del Señor para el encuentro con Cristo. Esa es la Iglesia de Cristo a la cual pertenecemos. Nuestra vida también sigue adelante y nuestros dones humanos no son impedidos, ni las alegrías y proyectos. Pero no dejemos el crecimiento de nuestra vida espiritual librado al azar.

Tenemos todos los recursos para alcanzar la perfección que Cristo considere en el día de su retorno. Entonces recordemos esta palabra: “*Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra*”.

\* \* \*